

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripción 7 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO =Revista de teatros.=Cecilia, novela por D. Eugenio de Ochoa.=Geroglífico.

REVISTA DE TEATROS.

BALON.—*Los ojos de una reina, drama en cuatro actos.*—PRINCIPAL. *Oscuridad de su alumbrado y de su porvenir.*

Se ha puesto en escena en el Balon pocas noches ha el drama cuyo título ponemos mas arriba, y ciertamente no ha sido él la única novedad que nos ha dado este teatro; pero como las otras no pertenecen al repertorio hablaremos de ellas en su lugar correspondiente.

Nosotros aceptamos de buena voluntad el género de Bouchardy y compañía, no como primor del arte, sino como espectáculo de interés y entretenimiento. Para ciertos públicos constituye además una necesidad, y esto no deben olvidarlo las empresas si han de mirar á lo que les conviene.

Pero si semejante género nos distrae, aunque á veces nos burlemos de él, no nos sucede lo mismo con ese otro género que tiene por base el drama histórico, género que en Españase ha dado en cultivar de poco acá, y que generalmente hablando solo ha producido obras insípidas, cansadas, necias sobre toda necesidad, y que fueran capaces de hacer dormir de aburrimiento á la mismísima estatua de Columela, sita en el ex-jardin frontero al Cármen. Por eso al alzarse el telon y al ver salir armaduras y cotas y dalmáticas, y al oír sus pomposas tiradas de octavas reales ó sus melifluas quintillas, nos echamos á temblar casi seguros de que

SETIEMBRE.

aquellos valerosos guerreros y aquellas ilustres damas nos van á dar la noche. Por desgracia rarísima vez nos llevamos chasco.

El argumento de *Los ojos de una reina* está tomado de un hecho que refiere el padre Mariana en su Historia general de España; pero hecho en el cual no cree el mismo historiador, puesto que dice poco después lo que vamos á trasladar:

„Algunos ponen en duda esta narracion, y creen antes que la division de los estados se hizo por testamento y voluntad del rey D. Sancho: ejemplo que D. Fernando su hijo imitó adelante, que repartió entre sus hijos sus reinos. A la verdad ni lo uno ni lo otro se puede bastantemente averiguar, si bien nos parece tiene color de invencion.”

Y dice muy bien el jesuita. La cosa es en efecto tan absurda que se necesitarian las tragaderas de un cachalote para creerla, segun vamos á ver.

Supone la relacion histórica que D. García, hijo primogénito del rey D. Sancho el Mayor, pidió á su madre, hallándose ausente el rey, un caballo que este apreciaba en mucho. Negada que fué la peticion por la reina, D. García, para vengarse, acusó á su propia madre de ilícitos tratos con el caballerizo mayor, á consecuencia de lo cual una junta de la nobleza, convocada por orden del ofendido esposo, la condenó á muerte, si es que no se presentaba alguno que por las armas hiciese campo en defensa de la honestidad de la reina. Hízose así, y tomó la demanda un hijo bastardo del rey llamado D. Ramiro, retando al D. García, que como acusador estaba obligado á mantener el campo. Añade la misma

relacion que un hombre santo acudió allí para poner de manifiesto á unos y á otros el crimen que iban á cometer luchando hermano contra hermano, é increpando además á D. García y á D. Fernando por haber acusado el uno y sospechado el otro en su propia madre tan grande falta, en vez de encubrir la siendo cierta ó de defenderla siendo dudosa. Dice en fin que con sus amonestaciones los trajo á tal estado que primero confesaron la maraña, y después postrados á los pies de su padre le pidieron perdon, que él no concedió sino á condicion de que alcanzasen el de su ofendida madre. Diólo esta; pero con tal de que á D. Ramiro, en premio de haberla defendido, se le legitimase por el rey, quien le habia de adjudicar en su testamento el reino de Aragon con título de rey independiente.

Esto es lo que leemos en los libros de historia; y aunque parezca en efecto improbableísima cosa el que un hijo calumnie así á su propia madre solo porque esta le niega un caballo, del que en rigor no podia ella disponer, ello es que semejante acusacion, por su misma barbaridad y rudeza, propias de la época, hubiera podido constituir una situacion dramática de notable interés, siempre que fuese bien preparada y manejada con destreza.

El autor del drama se ha apoderado del pensamiento para echarlo á perder. Supone á la reina madrastra de D. García; en cuyo caso su odio y su acusacion son cosas harto naturales para ser dramáticas. Eso se vé de cien hijastros en los noventa y nueve. El parentesco no da de sí otra cosa. ¿Lo habrá hecho así por escrúpulo de poner en la escena á un hijo acusando á su propia madre? Muy laudable fuera ese miramiento; pero entonces ¿por qué hace que Ramiro aparezca allí enamorado de la esposa de su padre, y le declare con tan violentos extremos su pasion? ¿Qué es peor, deshonorar á su madre ó deshonorar á su padre? Muy malo es aquello, pero esto no es ciertamente moco de pavo, y si la alteracion histórica se hizo por razon de escrúpulo, parécenos este de la misma especie

que el de Mizifuz y Zapiron cuando escrupulizaban de comerse el asador despues de haberse comido el ave.

Por otra parte, semejante amor rebaja en mucho la accion de Ramiro, porque le hace perder el mérito del desinterés. ¿No habia de defender á la reina si estaba enamorado de ella y no tenia celos porque la juzgaba inocente?

La confesion de su falta hecha por D. García por el solo poder de la palabra de aquel hombre santo de que nos habla la narracion histórica, habria sido mas dramática; pero el autor no la ha aceptado, haciendo que en su lugar se verifique el duelo, que sea vencido D. Ramiro y que por consiguiente falle el juicio de Dios, y en fin, que á la reina se le saquen los ojos con hierros candentes; pena con que habia dulcificado el amoroso marido la de muerte dictada por el tribunal de la nobleza.

En efecto, en el último acto aparece aquella con una venda en los ojos. El rey ha llegado á descubrir su inocencia, dándole luz al efecto-cierto pergamino firmado por D. García y hallado en poder del supuesto amante, en el cual se descubre la participacion de ambos en la calumnia. D. Sancho se arrepiente y quiere volver la perdida vista á su esposa, de cuyos labios sabe que hay en Granada un médico moro que pone ojos nuevos á los que no lo tienen; pero como el tal morito se hace pagar muy bien sus puntadas, firma un pergamino en blanco para que él mismo ponga sus condiciones. De este pergamino se vale la reina para hacer escribir en él la donacion que el rey hace á D. Ramiro de la corona aragonesa. Este era el precio de la cura, porque en efecto el bastardo, encargado de sacar los ojos á su amada, se habia guardado muy bien de ello, y la reina veia mucho mejor que su viejo consorte.

Así acaba el drama, acerca del cual repetimos lo dicho al principio. Inverosimilitud por inverosimilitud, preferimos cien veces las de los dramas de brocha gorda á esas otras que no producen mas que esas escenas lánguidas de escopeteo sentimental, donde no hay siquiera el interés de lo

extraordinario, aunque á fuerza de serlo suba este hasta lo inconcebible y lo absurdo.

Dos novedades han tenido lugar en el Balon recientísimamente. La primera consiste en la colocacion de unas bellas y cómodas butacas que nada dejan que desear. La segunda ha sido la retirada del primer actor y director Sr. Flores. Mucho se ha celebrado por el público la primera de estas novedades, así como creemos que no habrá sido menos sentida la segunda.

Del Principal hay poquísimo que decir. Dió sus últimas funciones con alumbrado supletorio de arañas, y aun así y todo veíamos tan poco que echábamos de menos algún otro moro de Granada que tenga una receta para ver sin luz, como el del tiempo de D. Sancho el Mayor la tenía para ver sin ojos. Si hoy existiese un moro semejante debería irse á vivir á la fábrica del gas.

Posteriormente se ha cerrado aquel teatro, y nadie sabe lo que será de él. Los artistas están todos contratados para otras partes, el coliseo no ha sido adjudicado á nadie. Vuelve por tanto á pasar de lo que salga, según frecuentemente le sucede. Esperemos pues á ver si llega por ahí alguna coleccion de monos sabios, ó de perros inteligentes, ó algunas fieras, ó algún jugador de manos, ó alguna fantasmagoría; y con eso y con alguna compañía trashumante, devuelta de otro teatro por invendible, como el vino torcido, podrá ser que veamos abiertas tal cual dia las puertas del primer teatro de la culta Cádiz.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

CECILIA.

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

DON EUGENIO DE OCHOA.

(CONTINUACION.)

—Cumpliremos nuestra promesa á Cecilia, toda nuestra promesa. Cogemos el bolsillo y todos los años pondremos en él 200 fr. para los pobres.

—Sí, sí.

—Y los distribuiremos nosotros mismos...

—Sí, sí...

—Y entonces, ¿por qué habíamos de temer el espectro de Cecilia?

Frumencio se fué derecho y sin luz á coger el bolsillo en la chimenea de la sala y lo dejó respetuosamente sobre la mesa. El bolsillo se conservaba tal cual Cecilia lo había tenido en sus manos la víspera de su muerte: dentro de él estaban todavía los 200 frs. Frumencio llenó las copas.

—¡A la memoria de Cecilia, de nuestra querida Cecilia!

A su memoria! dijo Roberto.

Así estuvieron bebiendo un largo rato, sentados á la mesa y mirando el bolsillo que brillaba en medio de ella.

Entonces les pareció que el consabido cuarto de metal de campana tocaba tristemente diciendo: —Dad, sí, dad, dad sobre todo á las madres que tienen hijos pequeñitos— ¡Pobres madres! ¡pobres niños! también Cecilia tuvo una niña, —esa niña es va mujer... ¿Dónde está la hija de Cecilia? ¿Quién lo sabe?... lo sabéis vosotros?

Roberto y Frumencio sintieron que se les partía el corazón, y se echaron á llorar. Nada podían decir.

Y de pronto calló el cuarto y el piano entonó la melodía que había tocado Cecilia la víspera de su muerte, y á aquel suave canto sucedió otro singular y terrible. Todas las teclas del piano tomaron voces humanas: las notas gemían, chillaban, reñían, lloraban, formando un concierto de todas las expresiones del humano padecer. Oíase el grito del niño que tiene hambre, el sollozo de la madre desesperada, el gemido del pobre enfermo en su lecho de dolor, las maldiciones del hombre caído y abandonado...

Roberto y Frumencio no podían más: de sus frentes chorreaba el sudor en gruesas gotas.

Haciendo un esfuerzo supremo lograron gritar:

—Compasión; Cecilia, compasión! Oh, basta, basta, basta, basta!

Entonces Cecilia se apareció en la puerta de la sala, vestida como la víspera de su muerte: su rostro estaba triste y sus rasgados ojos verdes vibraban un sombrío fulgor.

—Basta me decís? exclamó: ¿soy yo acaso quien forma ese doloroso concierto? Vd. es quien lo forma, padre, y tú también Frumencio; vosotros, que no habéis hecho el bien que podíais, que debíais, que habíais prometido hacer! Las miserias que no habéis socorrido gritan y lloran... ¿De quién es la culpa?... Cuando salí de esta casa, cuando fui allá arriba, prometí á Dios que seríais buenos... Yo lo esperaba... lo habéis sido?

Roberto y Frumencio habían caído al suelo anonadados, sin aliento, pero todas las palabras de Cecilia les penetraban en el cerebro como gotas de plomo derretido. Cecilia los cogió de la mano y los arrastró á la estancia en que tenía el

arca, la cual abrió como por encanto, y de la que sacó puñados de plata y oro que á medida que los sacaba iba arrojando al aire; y las monedas en vez de caer se esparcían volando en todas direcciones. Los ojos de los dos avaros las seguían á lo lejos á pesar de la oscuridad y las veían caer en las viviendas mas pobres.... Entonces Frumencio encontró bastantes fuerzas con el sentimiento de su ruina para precipitarse sobre las monedas de oro y plata que iba arrojando Cecilia... El brusco movimiento que hizo para ello le despertó... Era de día.

Atónito quedó el avaro al encontrarse en su sillón, enfrente de Roberto, que tambien empezaba á despertarse. Miranse por un momento sin hablarse palabra: la bolsa de Cecilia estaba sobre la mesa.

—¿Vd. ahí, Roberto?... Yo no sé lo que me pasa. Parece que ese vinillo se nos ha subido á la cabeza y que hemos dormido la mona.... Oh qué noche!...

—Y Cecilia?

Largo rato necesitaron para poner un poco en orden sus ideas. ¿Era un sueño, era una realidad lo que les habia pasado?

—No importa, Roberto, exclamó Frumencio sacudiendo sus piernas embotadas, si es un sueño, bendito él sea! si es una realidad, bendita sea tambien! Lo mas urgente es....

—Sí, ya lo sé, Frumencio; lo que mas urge es buscar á Cecilia.

—Sí, á mi hija.... á mi Cecilia.... es casi lo mismo que buscar á su madre. Oh! cuando pienso que no hemos visto á esa pobre niña desde que nació!

Un nuevo pensamiento brotó de súbito en la cabeza de Frumencio. Sus dos manos se crisparon entre sus cabellos, los ojos querían saltársele de sus órbitas.—Roberto, exclamó con voz sofocada, aquella mujer que vimos ayer, en el banco, con una niña.... aquel vivo retrato de Cecilia.... era Cecilia.... lo oye Vd? era mi hija.... con su niña!

Los dos avaros corrían de un lado á otro como dos locos, llorando y golpeándose las frentes. Apenas se serenaron un poco:

—Roberto, dijo Frumencio, démonos prisa... Cecilia padece...

Metieron en la bolsa de Cecilia todo el dinero que cupo en ella, se pusieron los sombreros y bajaron á la calle.

—¿Convendrá que despertemos á Pedro?

—No hay para qué, dijo Frumencio; dejémosle que duerma, pobrecillo! Tampoco á ese le hemos hecho feliz, Roberto... y eso que es el hermano de leche de Cecilia.

Esto diciendo habia abierto con mucho tiento la puerta del cuarto en que dormía Pedro, y como en él penetraba la luz por una ventana, vieron al pobre muchacho dormido sobre un mal jergon, cubierto con una manta viejísima sobre la cual habia echado su ropa para preservarse del frio.

—Roberto, dijo Frumencio, Pedro no debe seguir durmiendo aquí. Este cuarto es húmedo... Aquí hace frio glacial.

—Aguarde Vd., dijo Roberto y salió de puntillas, subió la escalera lo mas aprisa que pudo, fué á su propia cama, cogió su propia manta de lana muy tupida y la bajó.

—Frumencio, le dijo, ayúdeme Vd. á taparle con esto.

Y lo hicieron con todo el esmero de una madre que teme despertar á su hijo. Luego salieron muy quedo y cerraron la puerta sin hacer ruido.

(Se continuará.)

Solucion del geroglífico anterior.

La muerte corta de la misma manera la vida del encumbrado que la del abatido.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1857.—Imprenta de la Revista Médica, á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitución número 11.



Quejarse de mi fe
y de mi poca lealtad:
si va á decirte verdad,
nécio desengaño fué.

19631
510
2182
1300
23623

Amemiento de N
ME T E